

## ALGUNAS FORMULAS DE TRATAMIENTO EN EL ESPAÑOL DEL DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA (COLOMBIA)

Reunimos en esta nota unas observaciones hechas personalmente cuando recogíamos materiales de lenguaje entre antioqueños de San Jerónimo, Sopetrán, Antioquia, Cañasgordas, Dabeiba, Santa Rosa, Yarumal, Angostura, San Andrés, Valdivia, Guarumo, Caucasia, Amalfi, Remedios, Segovia y Zaragoza, en el curso de algunos días de los años 1950-1954. El trabajo está, desde luego, sujeto a completarse en cuanto a las formas, los usos, la geografía y la historia.

### 1. ENTRE PERSONAS DE LA FAMILIA

Los hijos, pequeños y adultos, se dirigen corrientemente a sus padres con los vocativos *papá*, *mamá*<sup>1</sup>. *Tai-*

---

<sup>1</sup> “Qué quiere cenar m'hijo? (pregunta la madre a su hijo médico). — Nada, *mamá*, estoy ahito” (TOMÁS CARRASQUILLA, *Obras completas*, Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A., 1952, pág. 1740. En adelante citaremos sólo: CARRASQUILLA).

Sobre el concepto en que algunas personas tenían el trato de *madre* en Antioquia es interesante el siguiente testimonio de CARRASQUILLA (pág. 313): “si estás realmente por no molestarme hazme el favor de no decirme *madre*. ¡Sabes que me choca mucho! *Madre* es cosa de campesinos y de comedia. Eso no se le dice sino a las ancianas. Desde que estuvistes en el sur, sacaste esa montañerada tan anti-pática. Díme *mamá*, como se acostumbra entre la gente culta.

“Aquí sí se desconcierta un tanto el hijo de doña Juana. La mira con fijeza, para ver si habla en serio. Al persuadirse, contesta casi triste: — ¡Bueno, madre! Como quieras. No me figuré que te chocara. Y cuando lle rece a la Virgen, diré Mamá de misericordia y Mamacita de Dios”. El mismo autor trae el siguiente texto, 878: “Cuénteme bien cómo va ese muchachito Martiniano. — [...] Ya lo habrá oído que a Miguel y Elisa [...] no hay ni riesgo que les diga *padre* ni *madre* ni *papá* ni *mamá*, sino que los nombra como si fueran sus iguales; y les contagió

*ta*<sup>2</sup> y *mama* se emplean a veces como narrativos despreocupados. Para hablar o nombrar a la abuela son usuales fórmulas como *mamá Bernarda*, *mamá abuelita*.

Vocativos afectuosos entre la mujer y el marido son *m'hijo*, *m'hija*: "¿Cierto, m'hijo, que el vestido mío le costó quince apeles?" (apeles: *papeles* 'pesos'). Igual tratamiento usan a menudo los padres con los hijos: "Vea, m'hija, la llamé a decirle que...". El posesivo *mi* se ha unido tan íntimamente con *hijito* que el plural es *m'hijitos*<sup>3</sup>: "m'hijitos, apúrense pues".

Muchas mujeres, campesinas sobre todo, se refieren al marido en tercera persona con un simple y desaprensivo *él*: "quién sabe él qué dirá". "Hay que esperar que venga él"<sup>4</sup>. Entre mu-

---

el vicio a los hermanitos. Es tan altanero y tan respondón, que cuando lo reprendíamos por alguna cosa no nos volvía a decir ni *padre* ni *madre*, sino don Tiodoro y doña Rosario...".

En Buenos Aires y el Perú son también usuales *papá* y *mamá* (FRIDA WEBER, *Fórmulas de tratamiento en la lengua de Buenos Aires*, en *Revista de Filología Hispánica*, III, núm. 2, págs. 100-111; JAVIER SOLOGUREN, *Fórmulas de tratamiento en el Perú*, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VIII, núm. 3, pág. 246).

<sup>2</sup> "—No sale hoy al Sitio? —le pregunta mana Salvadora. —Pues no, señora. *Mi taita* como que no quiere que salga" (CARRASQUILLA, pág. 1040). "Yo estaba tan mediana cuando se murió mi madrecita, que ni'an d'ella me acuerdo. *Mi taita* taba ya algo viejo, y no topó con quién golverse a casar" (Id., 1757). GONZALO CADAVID URIBE observa (*Oyendo conversar al pueblo*, Medellín, 1953, pág. 312): "TAITA. En plural, los padres; en singular, el padre. Nuestros campesinos, hablando con el padre lo tratan de *taita*, y hablando de él lo nombran con igual palabra. Cuando hablan de los *taitas* se sabe que se refieren al padre y a la madre". *Taita* es forma clásica (WEBER, 110 n.). Según SOLOGUREN (págs. 246, 261-262): "*Taita* es propio del indio y del mestizo de las serranías peruanas. En Lima, sin embargo, es usado por la clase alta en el lenguaje familiar". "*Taita* y *mama* son los tratamientos más usados por los indios, y expresan una ternura y obediencia casi filial". "*Taita* puede ir seguido del nombre familiar, y también aplicarse a un santo o a un ser inanimado". "*Taita* alterna con *tata* aplicado al cura" (Id., *ibid.*, *loc. cit.*).

<sup>3</sup> En el Perú un modo de trato entre mujer y marido y a la inversa es *hijo*, *-a*, *-ito*, *-ita*. *Mi hijo*, *mi hija*, *mi hijito*, *mi hijita* son poco usados. — Los padres llaman a sus hijos por el nombre de pila, por el hipocorístico y con *hijo*, *-a*, *-ito*, *-ita*. "*Hijo*, *-a* es, a veces, tratamiento de hijos a padres". "*Hijo*, *-a*, *hijo mío*, *mi hijito*; *mi hijita* son tratamientos característicos entre amigos asiduos y de confianza". "*Hijo*, *-a* es tratamiento que las mujeres usan entre sí con exceso, particularmente en el colegio" (SOLOGUREN, 241, 242, 244, 247, 253, 254). En Buenos Aires "las mujeres tienen para el trato cordial *hijo*, *-a*, *m'hijo*, *-a*, *hijito*, *-a*, *m'hijito*, *-a*, y el posesivo está ya tan fundido a *hijito*, *-a*, que el plural es *m'hijitos*, *m'hijitas*. Su uso abundantísimo ha ido gastando el contenido real y se convierten a veces en muletillas" (WEBER, 125).

<sup>4</sup> En Buenos Aires es muy vulgar referirse el marido y la mujer o los novios entre sí con el pronombre *él*, *ella* (WEBER, 117).

jeros de la clase media y alta es elegante nombrar al marido con la expresión *mi esposo*. A una maestra le preguntamos: “¿su marido es de aquí?”, y respondió: “mi esposo también es de aquí”<sup>5</sup>.

Los sobrinos a los tíos dicen *tío, tía*, sin o con el nombre de la persona<sup>6</sup>. Fuera de esta relación de parentesco no advertimos que los antioqueños usen el tratamiento *tío*, ni sabemos tampoco que alcance valores despectivos.

*Compadre, comadre*<sup>7</sup> subsisten todavía, sobre todo entre campesinos, cuando tienen de veras ese lazo de parentesco: “¿Cómo es, comadre?”. “Así me dijo mi compadre”.

*Padrino, madrina, ahijado, -a* son tratamientos que se usan entre quienes tienen realmente ese parentesco, pero van quedando también relegados a los medios rurales, tanto en su empleo vocativo como narrativo<sup>8</sup>.

## 2. ENTRE AMIGOS Y CONOCIDOS

NIÑO, NIÑA. — Son formas que se oyen todavía en el trato respetuoso de inferiores a superiores, independientemente de

<sup>5</sup> “*Mi esposo, -a* es la fórmula más culta, más cortés y socialmente más elegante para la mayoría de los porteños de la clase media”. “*Esposo, -a* se oye también en otros países de América” (WEBER, 115 y nota).

<sup>6</sup> También en Buenos Aires y el Perú *tío, -a* se usan solos o seguidos del nombre (WEBER, 108; SOLOGUREN, 248).

<sup>7</sup> “—Y bueno, *comadrta*: ¿Qué hago yo con el padre Alejandrino y con la niña Marinacita?” (CARRASQUILLA, 1028). — “Dígale a *mi compadre* que hable con Miguel” (Id., 1029). — *Compa* es tratamiento “muy usual en nuestra habla popular” antioqueña (CADAVID, 81). *Compadre, comadre* se conservan en los campos de la Argentina (WEBER, 118). — En el Perú: “*Compadre* se usa entre amigos, conocidos y personas que han entrado en relación amistosa ocasionalmente. A veces toma [...] un matiz de confianza que se propasa [...] e insinúa [...] cierta superioridad sobre el interlocutor” (SOLOGUREN, 252). — La forma *cumpa* (de *compadre*) “denota más confianza aún que éste” (Id., *ibid.*, 252). — “*Compadre, -ito, comadre, -ita*, en personas que tienen ese parentesco y, además, como tratamiento cariñoso, familiar entre gente del pueblo” (Id., *ibid.*, 254). — “*Compadre* y *comadre* llevan consigo un matiz de confianza campechana” (Id., *ibid.*, 256).

<sup>8</sup> En Buenos Aires “*padrino, madrina, ahijado, -a*, tienen más uso como narrativos que como vocativos” (WEBER, 118). También en el Perú se oyen *madrina, -ita, padrino, -ito*. “Los hijos de los criados llaman por este nombre a sus patrones, pues éstos suelen ser efectivamente sus padrinos” (SOLOGUREN, 249).

la edad<sup>9</sup>. En la población de Antioquia, según informes de una maestra, las sirvientas dicen *niña* a las hijas solteras, grandes o pequeñas, de los dueños de casa. Y en Cauca nos informaba un vecino que en los campos de ese municipio hay todavía quienes tratan de *niña* a las ancianas: *niña María*, por ejemplo. En varias de las localidades citadas el empleo de *niña* tiene cierta frecuencia como tratamiento familiar, afectuoso, entre amigas y conocidas de las clases media y alta: “¿cuándo vas a volver, niña?” decía una señora a otra. “¿Oiga, niña?” decía una maestra llamando a su colega. “¡Sí que volvió ligero, niña!” exclamaba una anciana dirigiéndose a otra. “Yo no sé, niña”. “Tan parecido, ¿no, niña?” decían entre sí unas señoras. Recordamos que *niña* ha sido un modo de trato frecuente en lugares de la costa atlántica colombiana, región con la cual limita el norte del departamento de Antioquia y ha tenido relaciones económicas desde hace siglos. En tratamiento amistoso de personas humildes y de la clase media también se oye a veces la palabra *niño* como vocativo de mujeres para hombres:

<sup>9</sup> “Cuando lo miento digo: *el niño Eloy* por aquí, *el niño Eloy* por allá. ¿No ve que ustedes son muy nobles y yo soy una india de la gentuza?” (CARRASQUILLA, 766-767). La criada Sebastiana: “—Nos va a comer el brujo, *niño* Eloicito, en esta lobrete tan maluca. ¡Tanté esta casa sin la niñ'Elisa! Con eso tan solamente quedábanos com'un cuerpo sin alma, contrimás sin *la niña grande*, sin *la niña chiquita*, sin el *niño* Tiodoro [...]. Por esu es que la niñ'Angelina se mantiene tan callada” (Id., 1020). “La señora [...] murmura: —Bueno, Cantalicia ¿qué fue lo que averiguó de la pelea? —Sí, *mi niña*: ai la he visto toda entripada con la tal contienda” (Id., 653). En Buenos Aires “los sirvientes tratan a los hijos de los dueños de casa, solteros, grandes o pequeños, con *niño*, -a, de uso general en América, tratamiento que daban los negros esclavos a los hijos de los amos [...]. *Niño* tiene en varios países de América un matiz de distinción”. “*Niño* como forma vocativa es siempre tratamiento de abajo arriba: el portero de la casa de departamentos, el mozo de la confitería [...]. En estos usos *niño*, -a no tienen límite de edad, pero sólo se usan para los solteros, aunque ocasionalmente lleguen a hacerse extensivos a la mujer casada, y, tanto para el hombre como para la mujer, perduran indefinidamente en boca de sirvientes antiguos” (WEBER, 119). También en el Perú los sirvientes tratan de *niño*, -a a los hijos de los dueños de casa, y a los hombres y a las mujeres casadas, madres de familia aun de avanzada edad. Allá *niño* “se emplea casi exclusivamente para los de piel blanca o de familia acomodada”. “*Mi niño*, -a se oye menos [...]. Los padres al referirse a sus hijos ante los criados lo hacen con *el niño*, *la niña*, e igualmente los criados [...]. *Niño*, -a para los que propiamente lo son y también para jóvenes y personas de edad. Se oye en boca de personas de menor categoría social, racial o económica, además de la servidumbre” (SOLOGUREN, 249, 254, 256).

“¿hole, niño?”. “Sí, niño”. “No, niño”. “Bueno, niño”. “Eran cosas de la otra vida, niño”.

QUERIDA, QUERIDO. — En el trato familiar, efusivo de las mujeres entre sí, de cualquier edad y clase social, es bastante frecuente — tanto que a veces acaba por ser una muletilla — el uso del vocativo *querida*: “¿Se va, querida?”. “¿Cómo te fue, querida?”. “¿Por qué no, querida?”. —Tenemos que ir a procesión. —Ay, sí, querida!”. “Un invierno tan horrible, querida!”. “Traéme huevos también, querida!” (una señora a su criada). A veces se combina el vocativo con el posesivo *mi*: “no, mi querida!”. “Eso sí, mi querida!”<sup>10</sup>. En conversación de mucha confianza usan trato análogo las mujeres con los hombres: “no, querido”. También entre hombres llega a emplearse este tratamiento, aunque de modo más bien ocasional y festivo: “mi querido don Rafael”.

Como vocativos afectuosos las mujeres se dicen a veces *mona, negra, reina* (*mona, mono* es la persona rubia): “¿Oí, negra?”. “¿Hole, mona?”. Cordialmente los hombres se dicen también, sin nombre ni apellido, *mono, ñato*<sup>11</sup>, *negro, m'hijo* (no se usa la ordenación *hijo mío*): “¿oí, negro?”. “¿Por qué no viniste, m'hijo?”. *Mono* es trato que oímos usar también narrativamente: “el mono Ramírez”, “el mono Botero”. Hombres y mujeres que se tratan recíprocamente con bastante confianza se llaman con vocativos como *negro, negra, mono, mona, m'hijo, m'hija*.

<sup>10</sup> “—¿Dónde la cogió la noche, *mi querida*? —inquiere mamá, entre jovial y ofuscada. —Ni an sé, mi niña, contesta Cantalicia [una mujer muy humilde]” (CARRASQUILLA, 735). —“Cuando la obra ha terminado la dobla doña Martina y dice: —¿Cuánto le debo, Amelia? —Pues no me debe nada, señora. —Pues no, *mi querida*. Todo trabajo debe pagarse”. Más adelante, en este mismo texto, doña Martina se despide de varias prójimas, tal vez menores que ella en edad y clase social, diciendo: “—Hasta luego, *mis queridas*. Muchas gracias” (Id., 1026). —“—¡Pero vean este maldito hombre! —prorrumpie la señora emperrándose. ¡Este lo embobaron!... Pues ya sabe, pues, *mi queridito*, que si no se mueve nos vamos al suelo ¡sin remedio!” (Id., 90). *Querido* puede tener un valor despectivo: “Anochecc. Avanza el galán hasta la puerta, y, al pasar, dice a media voz: ¡Adiós, mi bien! ¡Hasta mañana, *querido*! contesta la Escandón con voz entera, subrayando la última palabra con el más marcado desprecio; pues es de saberse que *querido*, en el lenguaje regional, vale a veces por *buenhombre*, o cosa así” (Id., 50).

<sup>11</sup> En el Perú, *ñato, -a* es también tratamiento cordial, incluso para niños de corta edad. Se une al nombre de pila o al apellido, a manera de apodo cariñoso (SOLOGUREN, 251).

Entre jóvenes es ocasional, reciente y de carácter urbano el uso de *chinazo* en saludos y despedidas: "adiós, chinazo".

DON. — Es vocativo popular frecuente en todos los pueblos y campos que visitamos. Se usa mucho en el tratamiento familiar entre hombres de cualquier clase social, seguido del nombre de pila: "don Pedro", "don Luis". A veces se une con el posesivo *mi* para significar un poco más de acercamiento: "¿qué hay, mi don Liborio?". No tuvimos noticia de que *don* se emplee con el apellido ("don Pérez", "don Jaramillo")<sup>12</sup> como sucede en ciertos lugares de España y de algunos países de América. A las señoras se las trata respetuosamente de *doña* más el nombre: "doña Victoria", "doña Luz". No se acostumbra tratar de *doña* y el nombre a las mujeres solteras, modo que en la literatura periodística es elegante.

Entre hombres y mujeres jóvenes se emplea el vocativo plural *muchachos*, *muchachas*, en atmósfera amistosa. También lo usan adultos para con jóvenes, cordial y despreocupadamente: "adiós, muchachos"; "hasta luego, muchachos". El uso más característico es tal vez el de aludir a sus hijos e hijas los dueños de casa<sup>13</sup>. Algunos jóvenes se tratan a veces entre sí de *compañero*<sup>14</sup> cuando lo son en alguna actividad, el juego por ejemplo.

<sup>12</sup> Probablemente sí ha existido en Antioquia este tratamiento, pues Carrasquilla nos da este testimonio: "Con nosotros vive, desde que nos casamos, Amelita Ramírez, que es tan instruída como mi señora [...]. —¿Y es parienta suya o de su señora, don Miguel? —pregunta Nicanor. —No, hombre. No somos ni prójimos. Ella es ahijada de mis suegros; el padre envidó, volvió a casarse, y la madrastra resultó muy trabajosa con Amelita. Entonces *don Ramírez* le pidió a mis suegros que se la tuvieran en la casa un tiempo" (pág. 816). Otro caso colombiano de uso de *don* con apellido dice WEBER (pág. 132, nota 5) haber leído en *La Vorágine*: es *don Barrera*. La misma autora informa que ocurren esporádicamente usos similares en Méjico y el Ecuador.

<sup>13</sup> "—¿Y las *muchachas* no podrán venir ahora? ¡Tengo tanta gana de conversar con ellas! [...] —¿Las *muchachas*? ¡Valiente modo! Aquí no se les dice *muchachas* sino a las sirvientas o a las mujeres jóvenes de la gente baja. Siempre que se le ocurra mentarlas, me hace el favor de decir *las niñas* o *las señoritas*. —¿Señoritas también? ¿Ellas son, pues, maestras de escuela?" (CARRASQUILLA, 1344).

<sup>14</sup> En Buenos Aires también se usa *compañero*: "su uso no supone amistad o compañerismo, es sólo un movimiento cortés o afectuoso hacia el oyente" (WEBER, 124). En el Perú *compañero* es forma amistosa usada entre personas del mismo oficio, aunque puede ser empleada por personas simplemente conocidas (SOLOGUREN, 252).

De superior a inferior se utiliza en ocasiones el apellido como vocativo y narrativo para hombres: “¿Londoño?” (llamando). “¿Qué hay, Zapata?”. “El que duerme donde Varela”<sup>15</sup>.

MISIA. — La forma *misia*, sin acento ninguno y seguida del nombre de la persona, es tratamiento familiar corriente entre mujeres adultas, de abajo arriba, de arriba abajo, entre iguales, vocativa y narrativamente, en el campo y en los centros urbanos. También la dicen los hombres a las mujeres: “*misia* Rosita”. “No se acuerda *misia* María que...”. “Allá onde *misia* Matea”. Según informe de una dama nativa de la población de Antioquia, allá todavía tratan de *misia* a las señoras distinguidas. En nuestros viajes por todos los citados pueblos del departamento pudimos observar que *misia*<sup>16</sup> corresponde por lo común a *don* como trato de confianza.

*Madre* se emplea ocasionalmente como tratamiento muy afectuoso y cordial entre personas de la clase media y edad más o menos igual: “¿cuánto tiempo hace que está aquí, madre?” preguntaba una amiga a otra.

Quienes tienen el mismo nombre se dicen a veces *tocayo*, familiarmente.

<sup>15</sup> En Buenos Aires es general entre los hombres el uso del apellido, aun a veces entre quienes son muy amigos. Abunda sobre todo en los medios escolares, y es empleado hasta por las mujeres que han sido compañeras de estudio (WEBER, 135).

<sup>16</sup> Según CADAVID (ob. cit., 217), *misia* (en nuestra literatura costumbrista suelen escribir *misia*) es título de cortesía muy usual en Antioquia. *Misia* es abreviación de *mi señora*. En Buenos Aires, “tras haber sido la fórmula obligada para damas de alta condición social, ha desaparecido ya de la lengua corriente”. Se usó también con ancianas de destacadísima actuación. “Quizá todavía ahora una dama de mucha edad sea llamada en Buenos Aires *misia* por sus relaciones, pero ya la palabra se puede usar con el matiz evocador propio de lo que corresponde a otra época [...] En las ciudades y pueblos del interior queda todavía algo o, por lo menos, se conservó más tiempo que en la capital. Probablemente se usó más en los campos que en las ciudades” (WEBER, 131). — AMADO ALONSO, *Problemas de dialectología hispanoamericana*, VII: *Las abreviaciones de señor, señora en fórmulas de tratamiento* (págs. 420-421 de AURELIO M. ESPINOSA, *Estudios sobre el español de Nuevo México*. Parte I: *Fonética*) dice: “*misia* ha dejado de usarse en Buenos Aires; hoy perdura en algunas partes del interior, especialmente entre personas del pueblo que se dirigen a damas de condición o hablan de ellas [...] En toda la América del Sur *misia* es tratamiento de respetuosa familiaridad para damas de cierto rango social. Creo también que en todas partes tiene hoy más vida en el campo que en las grandes ciudades”. En Colombia sucede actualmente así.

*Médico, soldado, maestro* son tratamientos urbanos y recientes, medio respetuosos y medio familiares para hombres que tienen esas profesiones u ocupaciones.

### 3. TRATAMIENTO DE RESPETO

Al médico todos dicen *doctor* y algunos hombres *mi doctor*<sup>17</sup>, ya con un poco de familiaridad. Al sacerdote se le dice *padre*, como en muchas partes. Ocasionalmente oí a una campesina en Sopetrán saludar a uno diciendo "buenos días, reverendo". *Patrón* dicen a veces los campesinos refiriéndose a su jefe en el trabajo o al dueño de una propiedad: "el patrón de aquí", "llegó el patrón", "el patrón de la mina"<sup>18</sup>. Por extensión se emplea a veces cortésmente en los centros urbanos, de inferior a superior: "a la orden, patrón", decía un vendedor ambulante de cacharros a sus posibles compradores; "una visita, patrón", me pedía un muchacho cuando vio que yo estaba tomando fotografías. De vez en cuando se oye decir narrativamente "la señora María", "el señor don Julio". En la población de Antioquia nos dijeron que allá *señora* es tratamiento para ancianas de clase humilde<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> Tratamiento respetuoso para los hombres en Buenos Aires es *doctor*, "que se usa para médicos, abogados, dentistas, etc., por derecho propio: pero lo característico de nuestro uso es que *doctor* se extiende a muchas personas que no tienen carrera universitaria" (WEBER, 133). — *Mi doctor* "subsiste, sin ser muy general, pero hay quienes lo usan con marcada predilección, prefiriéndolo a la forma más corriente sin *mi*" (Id., *ibid.*, 126). — En el Perú *doctor* es también tratamiento de respeto. En ocasiones se pronuncia como palabra grave, con lo que se quiere traer un recuerdo de la gravedad académica que esta voz supone: 'Muy bien, *dóctor*, eso es hablar'. Pero la forma *doctor* es la más empleada, en ocasiones con posesivo antepuesto: ¿Qué se le ofrece, *mi doctor*? Esta última forma, al igual que en otros países de América, proviene seguramente del influjo de los tratamientos propios de la milicia. *Doctorcito* es forma cariñosa y de confianza o propia de gente inculta (SOLOGUREN, 258).

<sup>18</sup> En Buenos Aires, una sirvienta "hablando con personas que no son de la casa dirá *el patrón*, *la patrona*, o con el posesivo, marcando una mayor determinación, *mi patrón*, *mi patrona*: en la ciudad *patrón*, *-a* no son vocativos, pero sí lo pueden ser en el campo, de donde provienen y en donde su uso es más amplio" (WEBER, 119). En el Perú "*patrón*, *-cito* es forma de la provincia, de uso rural" (SOLOGUREN, 251).

<sup>19</sup> En Buenos Aires, *señora* es tratamiento normal de respeto (WEBER, 131). En el Perú es muy usado para dirigirse a personas desconocidas y en la relación de



## 4. ENTRE DESCONOCIDOS

Para hablar a desconocidos se usan *don*, *doña* sin nombre ni apellido<sup>20</sup>: “buenos días, don”. “Don ¿cómo le va?”. “¿Cómo está, don?”. “Adiós, don”. (A veces se acompaña de *mi*: “¿cómo está, mi don?”. “¿Cómo llama Ud., mi don?”. “Buena noche, mi don”<sup>21</sup>). “¿Qué tal, doña?”. “Doña ¿hay azúcar?”. “Le dije a doña”. “Adiós, doña” (con este modo de trato para la mujer no oímos emplear *mi*<sup>22</sup>). En esta relación es más frecuente el uso de *don* que de *doña*. En cuanto empieza a haber conocimiento nos dimos cuenta que se agrega el nombre de la persona, si es hombre.

*Señor* se utiliza en ocasiones: “buenos días, señor”<sup>23</sup>. También para hablar a sujetos medio conocidos en un tono entre familiar y respetuoso: “¿cómo está, señor Pérez?”. De vez en cuando se oye decir narrativamente “un señor don Abel”, por ejemplo<sup>24</sup>.

respeto y sumisión. Le sigue el nombre de pila, el apellido paterno y, si se trata de persona casada, el del marido sin la partícula *de* (SOLOGUREN, 256, 257).

<sup>20</sup> Refiriéndose a Antioquia dice CADAVID (*ob. cit.*, 127): “DON, DOÑA. Título de cortesía que la gente rústica o humilde usa con persona cuyo nombre ignora”. También en Buenos Aires se usan con desconocidos; como vocativos se dan casos aislados en varias regiones de América (WEBER, 130 y nota 2).

<sup>21</sup> CARRASQUILLA, 1613: Uno de los patronos le dice una vez a Liborio: “—¡Pero, hombre, Liborio! ¿Vos si sos feliz de veras? ¡Yo no puedo creerte!... O fue que mana Polonia te contagió la dicha! — Tal vez sí, *mi don*: todo se pega”. “—¡Barrajo, *mi don*” [exclama un arriero dirigiéndose a un viajero bogotano, médico]. — “Vea, *mi don*: siempre me tiene qu’encimar an que sea un peso” [los mismos] (Id., 126, 127).

<sup>22</sup> Sin embargo, se puede encontrar en la literatura costumbrista. CARRASQUILLA, 127: “—¡Pero, *mi doña* — insiste el envigadeño—, siquiera cuatro riales sí me debe encimar!”.

<sup>23</sup> En Buenos Aires el tratamiento de respeto más corriente para los hombres es *señor*, a veces solo, a veces seguido del apellido (WEBER, 132). En el Perú también es muy usado para hablar a desconocidos, en tono de respeto. Se emplea seguido del apellido o del nombre de pila. “*Señorcito* es forma que se escucha en boca de la gente baja, particularmente entre la que se dedica a la venta ambulante, como los vendedores de lotería” (SOLOGUREN, 256, 257).

<sup>24</sup> De *señor don* en uso oral hay ejemplos también en la literatura. CARRASQUILLA, pág. 816: “—¿Y tienen mucha familia, *señor don* Miguel? — pregunta Cantalicia”. En Buenos Aires ya no se usa la acumulación *señor don*, y en otros países de América hay tendencia a suprimir en este caso el *don* (WEBER, 132, nota 6). Así en el Perú, donde sólo ocasionalmente y por escrito se dice *señor don*; “en los periódicos limeños ya no aparecen” (SOLOGUREN, 258).

Al autor de este trabajo, desconocido para los vecinos de las localidades antioqueñas que visitó, se le trataba de las siguientes maneras, fuera de casa sobre todo: *don* (sin nombre ni apellido), *mi don*, *joven*<sup>25</sup>, *jovencito* (les parecía que no tiene apariencia de viejo), *señor* (sin nombre ni apellido), *amigo*<sup>26</sup>, *paisano*<sup>27</sup>, *caballero*<sup>28</sup>, *jefe*<sup>29</sup>, *patrón*, *doctor* (a menudo con la pronunciación *dotor*). Cuando ya había un poco de familiaridad, o después de la sola presentación, usaban *don* con el nombre. En trato muy impersonal y llano alguno saludaba diciendo *salú* y se despedía con un *hasta ahorita pues*.

Para aludir indeterminadamente a un hombre desconocido se emplea *tipo*: *un tipo*, *ese tipo*.

MODOS ANTICUADOS. — Según informes orales, ocasionalmente se puede oír todavía entre gentes del campo el tratamiento *mi amo*<sup>30</sup>, propio de negros y frecuente en siglos pa-

<sup>25</sup> En Buenos Aires *joven* es tratamiento medio cortés que los desconocidos dan en la calle a la mujer *joven*. También se usa para los hombres, casi sin límite de edad; otras veces es modo de hablar de persona mayor o de superior jerárquico a otra más joven. Este *joven* no llega a las clases sociales más altas. Es casi exclusivo de la calle. Sin embargo, también se usa en la casa, pero ya con límite de edad, en presentaciones, por ejemplo (WEBER, 128). En el Perú "*joven*, -cito, se oye a menudo como tratamiento de deferencia" y se aplica incluso a los que ya no son jóvenes (SOLOGUREN, 255).

<sup>26</sup> En Antioquia se usa muy frecuentemente *amigo*, según CADAVID (*ob. cit.*, 21) quien no indica sin embargo el ambiente en que se emplea. En Buenos Aires es frecuente entre los hombres; "se oye entre quienes apenas se conocen, o son completamente desconocidos, sin que esto excluya totalmente su empleo entre verdaderos amigos". — "Como tratamiento entre desconocidos [...] *amigo* vive en el habla de las clases inferiores, donde el trato es más llano y toda circunstancia da pie a conversaciones y comentarios, y más bien entre gente joven que se sirve de formas de trato menos rígidas". — "*Amigo* proviene del campo" (WEBER, 121, 122). En el Perú usan *amigo* para hablar a hombres desconocidos. Inspira confianza y cordialidad (SOLOGUREN, 255).

<sup>27</sup> En el Perú usan *paisano* también entre amigos y conocidos (SOLOGUREN, 253).

<sup>28</sup> Según CADAVID (*ob. cit.*, 55), en Antioquia es usual *caballero*. En Buenos Aires es tratamiento impersonal, respetuoso, que hombres y mujeres aplican al desconocido (WEBER, 138). En el Perú era también usual este trato, pero ya "ha sido casi totalmente desplazado por *señor*. Se escucha, aunque circunstancialmente, en boca de hombres y mujeres, a manera de reproche que apela a la caballerosidad de una persona que parece haberla olvidado". "En diminutivo tiene, en ocasiones, un matiz despectivo; pero a veces se emplea en tercera persona para referirse a los niños a quienes se encuentra crecidos después de un tiempo" (SOLOGUREN, 256, 257).

<sup>29</sup> En el pueblo y la clase media del Perú es muy frecuente *jefe* para hablar a desconocidos. Lleva un matiz de burlona lisonja (SOLOGUREN, 255).

<sup>30</sup> En el Perú el tratamiento de "*amo*, -a, tan usado en tiempos de la colonia",

sados. También queda todavía *ño* en ambientes rurales, con el nombre de la persona. En Remedios, por ejemplo, oímos a un campesino saludar a una hija suya, casada, de unos 25 años de edad, diciéndole: “ya yo le pregunté a ño Juan por vos”<sup>31</sup>.

LUIS FLÓREZ.

---

se ha reducido mucho. “Era más frecuente su empleo en diminutivo: *amito*, -a, y con posesivo antepuesto: *mi amo*, *mi ama*, *mi amito*, *mi amita* [...] Aún subsiste este tratamiento, bien que muy restringidamente, en parte de la vieja servidumbre y de las vendedoras” (SOLOGUREN, 250).

<sup>31</sup> CARRASQUILLA: “Ellos, unos pobrecitos montañeros, unos *ñoes*” (pág. 1685). “Ahora que ves a doña Chinca de vestido lavado y de alpargatas, te parece que es una *ña*” (pág. 896). “A mis hermanos mayores se me figuraba que les aborrecía: eran los tres unos jayanones del terruño, a cual más hirsuto y montaraz. Nunca se calzaban, y, en los días de fiesta, cuando se atacaban las bragas de pañete, la ruana nueva con forro de bayeta y el aguadeño [sombrero de caña hecho en Aguadas], se me hacían más *ñoes* que si llevasen los trapajos de labradores” (pág. 1165). En la costa atlántica de Colombia *ño*, *ña*, es “fórmula de tratamiento que se da a las gentes viejas en los pueblos rurales y que va camino de desaparecer porque a veces se toma en mala parte” (SUNDHEIM, *Vocabulario costeño o Lexicografía de la región septentrional de Colombia*, París, 1922). En la Lima del siglo XIX se usaban muchísimo *ño*, *ña*, con intención diversa, desde la cariñosa hasta la burlesca e insultante”. — “Seguidos del nombre se empleaban entre la gente del pueblo y eran formas respetuosas para dirigirse a las personas de edad. Ahora se usan escasamente”. — “Unido al nombre o al apodo, lleva intención claramente burlesca, o despectiva, o insultante” (SOLOGUREN, 259-260). *Ño*, *ña* quedan todavía en algunas regiones de América como tratamiento para personas pobres y de edad madura o ancianas. Se trata de dos abreviaciones populistas de *señor*, *señora* respectivamente (ALONSO, *ob. cit.*, 417 y siguientes).